

REFLEXIONES

Historia e historietas

■ En la experiencia colectiva de los pueblos, existen la Historia y la historieta. La una se escribe con mayúscula, se estudia en los colegios y se evoca con patriótica unción en las efemérides nacionales; la otra se escribe con minúscula, se conoce a través de la tradición oral y es objeto de chascos en salones y oficinas.

Sin embargo, ambas forman parte del único hilo que se entreteje para urdir la misma trama. Tras el gesto heroico, la decisión trascendente o la hazaña civil o guerrera, están la debilidad humana, la pasión desembozada, el vicio y la virtud descarnadamente expuestos. Lo primero es la sustancia de la Historia; lo segundo, el alimento de la historieta.

Estoy leyendo una novela en que ambos aspectos —historia e historietas— se entrecruzan magistralmente. Se llama "En la casa del pez que escupe el agua", de la que es autor el venezolano Francisco Herrera Luque. La novela cubre sesenta años de la historia de Venezuela y está centrada en la figura que en esos años principió a emerger, logró colocarse entre los protagonistas, para convertirse después en el amo y señor de la escena pública venezolana: Juan Vicente Gómez.

Herrera Luque parte de la historieta. Su material está constituido por el anecdotario de los prohombres del país, por los chismes que con malevolencia han recorrido los aristocráticos salones caraqueños; por la visión del ser humano en sus debilidades y grandezas. Pero no se detiene ahí. Con este material aparentemente espúreo va formando el gran cuadro histórico de la República de Venezuela, haciendo accesible al hombre común los cómo y los porqué de sus extraños vaivenes. Ante el lector desfilan estupro y violaciones; malversaciones y asesinatos; venalidad e impudicias, pero el talento del autor consiste en no juzgar. Con ese material, pudo hacer un pan-

fleto político; en cambio Herrera Luque quiere a sus personajes históricos, los mira y los escruta con comprensión y hasta con simpatía. En su libro, no hay buenos ni malos, sino seres humanos objeto de idealismos, que luego se perverten; de ilusiones que se apagan con los desengaños; de buenos propósitos que se desvirtúan al usarse, para conseguirlos deleznable medios. Sin proponérselo, el autor traspasando el espacio en que sus personajes se desenvuelven, para recrear la universal comedia humana.

Leyendo "En la casa del pez que escupe el agua" el lector se ve tentado a reflexionar sobre la grandeza y la miseria que se esconde tras el poder y su lucha por poseerlo.

En cualquier tiempo y en cualquiera parte.

Pero esta técnica de mirar por el microscopio y observar las pequeneces, no impide que, en definitiva, la novela dibuje un gran fresco histórico que, al ser observado con perspectiva, se reconoce no como particularmente venezolano, sino propio de todo Latinoamérica. Con nombres diversos, con acentos diferentes en el decir, con rostros de diversidad de rasgos, los personajes del fresco son los mismos que corresponde a la historia de cualquier país del continente: una nación con una riqueza básica importante, la intervención abierta o solapada de los Estados Unidos, una clase dominante y otra ascendente que se disputan el poder.

Cuando se principia a leer "En la casa del pez que escupe el agua", el lector extranjero se sonríe con displacencia ante las burdas y entretenidas historietas que el novelista venezolano le narra. Al terminarlo, reconoce en ellas una historia que bien podría ser la propia.